SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 14 DE AGOSTO DE 2005
Turismo 12

ESQUÍ EN LOS ANDES

A un lado y otro de la Cordillera, la temporada de nieve continúa en las pistas argentinas y chilenas.



Una de las múltiples especies de colibrí que pueblan los parques de Costa Rica.

COSTA RICA *Selva y playas sobre el Caribe*

Naturaleza bien protegida

Con un territorio de sólo 51 mil kilómetros cuadrados, Costa Rica es uno de los países con mayor biodiversidad del planeta. Y también una diversidad cultural con raíces africanas, europeas y americanas. Un viaje al Caribe costarricense a través de los parques nacionales Cahuita, Tortuguero y el paraíso junto al mar de Gandoca-Manzanillo.

Costa Rica es un paraíso verde para ecologistas y viajeros de todo el mundo que buscan aquellos lugares donde la naturaleza no ha sido degradada. En su territorio, de apenas 51 mil kilómetros cuadrados, alberga una de las mayores biodiversidades del planeta. Hay registradas 850 especies de aves; miles, incontables, especies de mariposas diurnas y nocturnas y una gran variedad de flores tropicales (solamente de orquídeas existen 1200 especies). Hoy, Costa Rica –entre otras cosas porque una parte considerable de su economía se sostiene sobre el turismo de naturaleza– tiene el sistema de parques nacionales más evolucionado de Latinoamérica, con más de 36 áreas protegidas.

A esta diversidad del mundo natural se le suma una diversidad humana que reúne en un país muy pequeño a culturas y razas de, por lo menos, tres continentes: América, Europa y Africa.

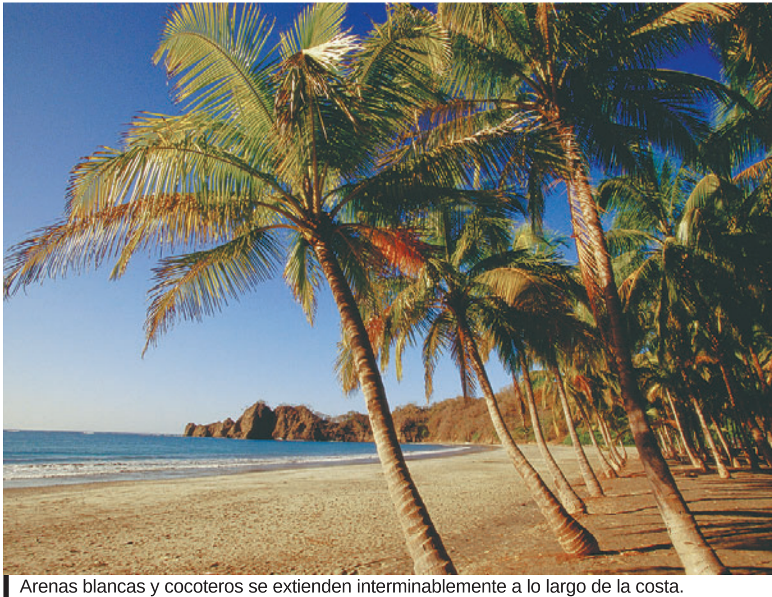
ESPIRITU CARIBEÑO Parecería que el mar Caribe tuviese un espíritu más persistente que el espíritu de los países a los que pertenece, una unidad de estilo que se impone más allá de las fronteras nacionales. Así, por ejemplo, Guatemala, país de inequívocas raíces mayas, tiene en la costa caribeña un pueblo llamado Livingston, que está habitado por los Garífuna, negros descendientes de esclavos africanos que pueblan también Belize y las islas del Caribe hondureño. Los Garífuna hablan un inglés creole mezclado con elementos de otras colonias europeas y del maya, y su cultura tiene aspectos comunes con la rastafari de Jamaica: cierta religiosidad, la música reggae y la danza, el estilo de vida pacífico y despreocupado, las tradiciones de raíz afro y también, infaltables, los cocoteros y los dreadlocks.

Lo mismo sucede en Costa Rica que, por otra parte, es un país con escasa población originaria indígena. En los tiempos de la Conquista, las culturas precolombinas ofrecieron poca resistencia a los españoles, y desaparecieron sin dejar mucho rastro. Los habitantes de hoy, los indefinibles “ticos”, son criollos de piel oscura que hablan un español con acento norteamericano. Se hacen querer por su generosidad y simpatía, y tienen la virtud de ser uno de los pueblos más educados, respetuosos y liberales de Latinoamérica. Lo cierto es que, además de una gracia envidiable para bailar merengue, el viajero no encontrará muchos rasgos exóticos en cuanto a “tradición”. En el Caribe, sin embargo, el espíritu negro es el que marca los ritmos, los colores, y sobre todo, una religiosidad singular, ese aspecto tan profundamente arraigado en las culturas afro fuera de Africa (además de la rasta del Caribe, existe, por ejemplo, el vudú en Haití, y la religión umbanda y yoruba en Brasil). En Costa Rica, la cultura negra fusiona sin contradicciones al protestantismo, aportado por los colonizadores ingleses del Caribe, con la religión rasta de raíz africana. No obstante, todo lo que concierne a la rasta se mantiene en profunda reserva, y solo se habla en voz baja después de que el forastero demuestra ser persona confiable.

COSTA CREOLE Cuando se atraviesa el país rumbo al este comienzan a aparecer los signos que anuncian la cercanía con el Caribe: las tierras bajas y húmedas, una selva tupida que termina en palmeras y playas de una arena muy blanca, y más allá, la línea turquesa del mar acompañada siempre por una franja de nubes lilas cerca del horizonte. Pero no sólo va cambiando el paisaje: al llegar al pueblo de Puerto Viejo de Talamanca, el viajero percibirá que ha dejado atrás la Costa Rica hispana y latina, la de los criollos que hablan en español y viven del cultivo del café bajo el pulso de los volcanes.

El pueblo consiste en algunas calles de tierra junto al mar, un correo, una escuela, casitas de colores rodeadas de jardines increíbles en donde no se distingue la mano del jardinero de la selva natural. Las playas de arenas blancas y cocoteros se extienden interminablemente a lo largo de toda la costa. Las gentes locales son negros de cara plácida y ropas alegres, que viven de una agricultura de pequeña escala y de la pesca. Muchos de ellos no van jamás al médico, ya que tienen una hierba para cada mal. Este conocimiento de las plantas medicinales así como la cocina y la música de esta zona de Costa Rica pertenecen a la cultura negra creole que habita las tierras del Caribe.

PARQUE CAHUITA Al norte de Puerto Viejo hay otra población caribeña del mismo estilo, Cahuita, en donde la vida nocturna es más agitada y el look Jamaica, mucho más acentuado. Por las noches, algunos bares sobre la playa se transforman en discos rasta al aire libre, en donde el merengue y la salsa se bailan mano a mano con el reggae. Aquí, los negros y mulatos bailan el reggae y la salsa como dioses, mientras los viajeros se admiran y hacen lo que pueden. Al este del pueblo está la entrada al Parque Nacional Cahuita, uno de los más visitados en Costa Rica, con forma de península que se interna en el mar. Un sendero recorre por varios kilómetros la imponente jungla a pocos metros de la playa. El explorador atento podrá encontrarse con distintas especies de monos, mariposas, papagayos, tucanes, colibríes,



Arenas blancas y cocoteros se extienden interminablemente a lo largo de la costa.

El colorido tucán, una de las 850 especies de aves registradas en el pequeño país.

DATOS UTILES

■ Desde San José, capital del país, hay autobuses muy frecuentes hasta Puerto Limón, capital de la provincia de Limón sobre el Caribe (y de allí a los otros pueblos costeros).
■ Tanto en Cahuita como en Puerto Viejo se pueden alquilar equipos de snorkelling, bicicletas, binoculares para observar vida silvestre y tablas de surf. También se pueden contratar excusiones guiadas a pie o a caballo.
■ En los parques nacionales está permitido acampar; en el de Tortuguero y en el de Cahuita hay instalaciones y en Gandoca-Manzanillo el camping es libre.
■ Embajada de Costa Rica en Buenos Aires: Callao 1103, piso 9º.

pelícanos, iguanas, lagartijas, los inquietantes perezosos, y otras especies tropicales. La playa de aguas cristalinas tiene un arrecife de coral que, con poco esfuerzo y sin arriesgar la vida, regala una experiencia "Jacques Cousteau": peces loro azul, ángel, isabelita, y corales de nombres tanto o más poéticos, como cuerno de alce, cerebro, abanico de mar, coral de fuego; muchos dicen que es uno de los mejores sitios de Costa Rica para practicar snorkelling.

TORTUGAS EN PARTO Bastante más al norte de Cahuita se encuentra el Parque Nacional Tortuguero. En este lugar, desde julio a octubre las tortugas van a desovar en la orilla del mar. El viajero que tiene la oportunidad de presenciar el momento espectacular en que cientos de tortugas enormes invaden la playa, o el nacimiento masivo de las crías, tendrá la sensación de penetrar una ceremonia privada de la naturaleza que será difícil de olvidar. El Tortuguero es además un lugar excelente para la observación de vida silvestre en general, tanto desde las embarcaciones que recorren el río en el parque como desde los senderos en la selva. Además de aves, monos, perezosos y cocodrilos, puede verse aquí la extraña lagartija Jesucristo, que se llama así porque puede caminar (más bien correr) sobre las aguas. Otro animal extraño es el manatí o vaca marina, un mamífero de agua dulce parecido a la foca que hace cinco siglos los conquistadores, tal vez afiebrados por la soledad, confundieron con bellas sirenas.

UN EDEN DE SELVA Y MAR

Hacia el sur de Puerto Viejo el camino pasa por las pequeñas comunidades de Punta Uva y Manzanillo, y termina en el Refugio Nacional de Vida Silvestre Gandoca-Manzanillo, a 13 km de Puerto Viejo por un camino de tierra. Esta reserva está enteramente sobre el mar, y por el sur limita con Panamá. Es un mundo de sombras verdes que se va haciendo cada vez más majestuoso. Los árboles gigantescos, de varios cientos de años, albergan encaramadas a sus troncos a miles de plantas de hojas enormes que tienen su hábitat lejos del suelo. Por momentos, el sendero que recorre la Reserva sube y baja por los acantilados a donde el mar va a estrellarse; luego vuelve a internarse en la selva, donde aletean miles de mariposas y se escucha el canto de las aves que la pueblan. Después de horas de caminata, es tiempo de zambullirse en el agua. Entonces, al acercarse al mar se descubre por qué se dice que aquí, en Gandoca-Manzanillo, están las playas más hermosas de Costa Rica. Toda la playa está absolutamente sola, desierta, la arena fresca bajo la sombra de los almendros y, por si fuera poco, el coral divide la línea de la costa en pequeñas caletas que suavizan el ímpetu de las olas y construyen pequeños edenes privados. En esa casi intocada belleza se percibe la inocencia y el poder de un paisaje vivo ✹

Vida submarina en las cristalinas aguas del Caribe "tico": una mantarraya y coloridos cardúmenes.


Los espectaculares puntos panorámicos de Bariloche quitan el aliento e invitan a cualquier esquiador.


Snowboard y deportes invernales en las laderas argentinas y chilenas de los Andes.


Motos de nieve en recorridos vertiginosos por la Patagonia neuquina.

ESQUI *En la Patagonia argentina y chilena*

A cada lado de la Cordillera

Mientras la temporada sigue a pleno en los centros de esquí de Río Negro y Neuquén, del otro lado de los Andes también Chile tiene tentadoras opciones para deslizarse sobre las blancas laderas de sus montañas. En un año de nieve abundante, agosto y septiembre prometen todavía mucha diversión.

POR GRACIELA CUTULI

El 2005 fue el año de la confirmación de las nuevas tendencias sobre la nieve. Cada vez más los centros de esquí son la opción ideal no sólo para las vacaciones de invierno, sino también para la "media temporada" que se extiende durante agosto y septiembre, con posibilidades en los centros más australes de tener nieve hasta octubre. Elegir la montaña en esta época significa tener un caudal turístico menor, con menores tiempos de espera y pistas más despejadas; mientras tanto, también para los grandes y chicos que se inician, las escuelas disponen de opciones personalizadas que permiten avanzar más rápidamente en la tarea de entrar en confianza con los esquís.

Año a año, el esquí conserva sus tradiciones pero también se renueva, con nuevas modalidades que se van imponiendo de centro en centro, generalmente llegadas del Hemisferio Norte gracias a los instructores y viajeros que recorren las nieves del mundo. En la Argentina, y también en los vecinos centros de Chile, ya se impuso el *ski carving*, un estilo que empezaron a practicar los snowboarders alpinos a principios de los años '90, para el que se requieren esquís con curvaturas especiales, muy estrechos en el centro y anchos en la punta y el talón. *Carving* es una palabra inglesa que designa, en el esquí o en el snowboard, la capacidad de tomar curvas extremadamente cerradas sin derrapes, dejando un trazo neto y profundo en la nieve, casi como si se siguiera un riel invisible. Y junto con el *ski carving* llegaron también el *freeride* y el *free-style*, para los esquiadores más aventureros, que buscan conocer sensaciones nuevas sobre la nieve, con un toque más de riesgo. Estas tendencias se suman al ya clásico snowboard, la tabla que permite realizar toda clase de acrobacias sobre la nieve. Entre las últimas novedades, además, se impone el conocido como *all mountain cruise*, un tipo de esquí apto para pista y para nieve sin pisar, es decir capaz de brindar la anchura que requiere la nieve virgen, pero también la rigidez y estabilidad de las pistas pisadas. Más que nunca, entonces, la decisión del esquiador que recién se inicia o del experto depende del propio gusto: hay tablas de todo tipo y pistas para todas las aptitudes. Y no sólo para el alpino tradicional o de descenso, el más practicado, sino también para el esquí de fondo (una forma de "patinaje" sobre la nieve, desarrollada en el norte de Europa para cubrir grandes distancias); el esquí de travesía, que requiere equipos capaces de desplazarse pendiente arriba sin deslizarse hacia atrás; y hasta el telemark, una técnica más sofisticada que necesita bastante entrenamiento. Sólo se trata, entonces, de elegir el destino –sea de un lado u otro de la Cordillera– y calzarse los esquís. Al fin y al cabo, tampoco importa demasiado no ser muy experto: la nieve, aunque sólo sea para caerse una y otra vez hasta conservar el equilibrio, siempre asegura diversión.

PASAJE A LOS ANDES El centro patagónico por excelencia está situado en el Cerro Catedral, en Bariloche, uno de los centros de esquí más antiguos de los Andes, surgido a mediados de los años '30 por iniciativa de la Administración de Parques Nacionales, que encargó los estudios iniciales al austríaco Hans Nöbl, el mismo que desarrolló el centro de Sestriere en Italia. Desde entonces, no ha dejado de crecer y renovarse, en parte gracias al impulso anual que le da la famosa Fiesta de la Nieve, y en parte gracias a su cercanía con una ciudad que se inserta con orgullo entre los principales centros turísticos del país, a lo largo de todo el año.

Catedral Alta Patagonia, la concesionaria del cerro, sigue implementando durante agosto una de las grandes novedades del 2005: se trata del Snow Tour Catedral, una suerte de visita guiada para conocer todas las pistas y rincones de la montaña. Sin contar los espectaculares puntos panorámicos, que quitan el aliento e invitan a sacar la cámara fotográfica para retratar las hermosas laderas y bosques cubiertos de nieve. Este servicio es gratuito: sólo hay que anotarse previamente para reservar un lugar. En 2005 se inauguraron siete nuevos medios de elevación mecánica en ambos lados del Catedral, como la telecabina cuádruple Amancay (que va en siete minutos desde la base del cerro hasta los 1770 metros de altura), la telesilla triple Diente de Caballo, que completa el ascenso de la anterior, la telesilla doble Del Bosque, con un sistema de cinta transportadora, y tres nuevos pomas para principiantes. Entretanto, en el sector sur el Ro-Cat lleva a los snowboarders y esquiadores hacia la nieve profunda y abundante ideal para el freestyle. En total, el Catedral suma así 39 medios de elevación. Durante este mes y el próximo siguen funcionando las escuelas de esquí y snowboard, para grandes y chicos, también con especialización en las distintas modalidades. Y como novedad para los que siguen siempre en busca de novedades, el cerro invita a practicar un deporte exclusivo. Se trata del Crighton Snow Moto, una combinación de esquí, snowboard y mountain-bike que nació en Japón y Estados Unidos, y ahora llega a las laderas argentinas. Para esto hace falta un equipo muy particular, con cuadro de bicicleta pero anchas tablas de snowboard en lugar de ruedas. Se practica, además, con botas de snowboard, en un lugar especial del cerro donde hay equipos a disposición para quienes quieran probar la nueva sensación del invierno. Un poco más tranquilo es el brenter snowbike, con un vehículo parecido a una moto de nieve pero con esquís en lugar de tablas: es ideal para paseos guiados familiares. Y como siempre, están las tradicionales recorridas en motos de nieve y fourtrax, paseos en raquetas de nieve y bajadas con trineos.

NIEVES NEUQUINAS Como no sólo del Catedral vive el esquiador, los cercanos centros y parques

>>>

DATOS UTILES

En Río Negro y Neuquén

Cerro Catedral: Catedral Alta Patagonia, Tel.: 02944-423776. E-mail: *info@catedralaltapatagonia.com* y *www.catedralaltapatagonia.com*.
En Buenos Aires: 4780-3300.
Cerro Bayo: Tel.: 02944-494189. E-mail: *informes@cerrobayoweb.com* y *www.cerrobayoweb.com*.
Cerro Chapelco: Tel.: 4328-4988. E-mail: *consultas@chapelco.com.ar* y *www.cerrochapelco.com*.
Caviahue: Tel.: 02948-495053.
E-mail: *reservas@caviahue.com* y *www.caviahue.com*.
Batea Mahuida: Tel.: 02942-498027.
E-mail: *compehuenia@zapala.com.ar*
Primeros Pinos: Tel.: 02942-421132.
E-mail: *zapalaturismo@yahoo.com.ar*.
Cerro Wayle: Tel.: 02948-421457.
E-mail: *clubandinocordilleradelviento@norteneuquino.com.ar* y en Internet *www.cerrowayle-domuyo.com.ar*.

En Chile

Valle Nevado: Tel.: (56-2) 4777700. En Internet: *www.vallenevado.cl*.
Portillo: (56-2) 2630606, *info@skiportillo.com* y *www.skiportillo.com*
Colorado y Farellones: (56-2) 246 3344 y *www.elcolorado.cl*
La Parva: (56-2) 220 9530.
Chapa Verde: (56) 294255 y *www.chapaverde.cl*
Termas de Chillán: (56 42) 233 1313; *www.skichillan.cl*
Corralco: E-mail: *info@corralco.com*, en Internet *www.corralco.com*.
Las Araucarias: (56 45) 562313 y *www.skiaraucarias.cl*
Pucón-Villarrica: Tel.: (56-45) 441901; en Internet: *www.skipucon.cl*.
Antillanca: Tel.: (56-64) 202001.
Volcán Osorno: Tel.: (56-65) 237330 e *info@volcanosorno.com*
El Fraile: Tel.: (56 67) 232 970.
Cerro Mirador: Tel.: (56 61) 241479.



<<<

de nieve de Neuquén también compiten para atraer a los deportistas de todo el país y del exterior. Cada vez más se habla del Cerro Bayo, en las cercanías de la encantadora Villa La Angostura, que nació como un sencillo refugio a 1500 metros de altura en la montaña, y con los años se transformó en un centro de deportes invernales cada vez más moderno y completo. Este año Cerro Bayo inauguró nuevas telesillas, y comenzó la etapa final de remodelación de las instalaciones públicas del cerro, incluyendo refugios, paradores y baños. El cerro tiene once medios de elevación (siete aerosillas y cuatro ski-lifts), con capacidad para 6800 esquiadores por hora. Entre otros eventos, a mediados de agosto se realiza el encuentro "Chefs de altura", y el 17 de agosto se prevé la competencia para expertos Esquí Cross 2005.

Cerro Bayo tiene 12 kilómetros distribuidos en 20 pistas, además de cuatro kilómetros de fuera de pista. El centro además es ideal para snowboarders –de hecho fue años atrás uno de los principales impulsores de esta nueva modalidad– y cuenta con un "Snow Park" ideal para quienes se deslizan en monotabla y esquiadores avezados, en busca de sensaciones más fuertes y riesgosas.

También tradicional, con amantes exclusivos que no lo cambian por ningún otro, el cerro Chapelco es un clásico de San Martín de los Andes. Es uno de los centros más antiguos y consolidados de la Argentina, desarrollado ya a mediados de los años '40 por los pioneros del lugar. Gracias a su particular relieve y a la orientación de la montaña –cuyo nombre significa en mapuche "trenzas de agua", por los arroyos que la surcan– en el Chapelco se practican tanto el esquí alpino tradicional como el nórdico, free-style, de travesía y telemark. Sin contar el snowboard, a cuyo desarrollo también contribuyó en gran medida, como sucedió con Cerro Bayo. El Chapelco dispone de 12 medios de elevación (telesillas dobles y triples, y telecabinas séxtuples) en sus 140 hectáreas esquiables; también ofrece paseos en motos de nieve –es ideal el Circuito del Bosque, un paseo que combina trineos tirados por perros con caminatas en raquetas de nieve– y paseos en trineos. Como alternativa están también el Skate Park, una pista techada de patinaje, y el Perímetro Snow Park, un centro para entrenarse y perfeccionarse en snowboard y free-style. O, por lo menos, para admirar cómo se perfeccionan esos especialistas que parecen capaces de hazañas increíbles sobre esquís. Todos los viernes de la temporada, el Chapelco organiza demostraciones de instructores al anochecer, en tanto en agosto se realiza el Winter Festival, con exhibiciones de las distintas modalidades.


Aerosillas y abundante nieve para seguir disfrutando la temporada de esquí.

Siempre en Neuquén, la montaña sigue ofreciendo alternativas. Al pie del volcán Copahue, Caviahue sigue creciendo, con la incorporación este año de una nueva aerosilla cuádruple. Este centro cuenta con el atractivo del cercano centro termal, y propone excursiones justamente hasta el volcán y las fuentes de aguas cálidas. Otras alternativas son los paseos en motos de nieve, en trineos con perros y las caminatas con raquetas de nieve. Para los aficionados al esquí de fondo, hay paseos entre los bosques de araucarias hasta las cascadas congeladas: inolvidable no sólo por la experiencia sino también por la belleza del paisaje.

Y si la idea es buscar centros aún más pequeños, puramente familiares, están como opción Batea Mahuida, cerca de Aluminé y famoso porque está bajo administración de la comunidad mapuche; Primeros Pinos, al oeste de Zapala, y Cerro Wayle, al pie del volcán Tromen. En todos ellos se practica esquí alpino y de fondo; en Batea Mahuida también se ofrecen caminatas en raquetas y bajadas en trineo. Estos centros, más pequeños, son ideales para familias y ofrecen el particular encanto de la intimidad.

CUANDO PA' CHILE ME VOY

Del otro lado de los Andes, Chile no se queda atrás en su oferta de centros de esquí. Aunque son muchos y muy variados, incluyendo pistas cercanas a volcanes y centros termales, tres son muy conocidos y de acceso práctico por encontrarse muy cerca de Santiago. Los más cercanos son el grupo de tres centros formado por Farellones, El Colorado y La Parva, que forman una importante zona esquiable situada a unos 40 kilómetros de la capital, en la región metropolitana. Con una temporada que se extiende hasta octubre, se llega a sus pistas de nieve polvo por camino pavimentado.

También está muy cerca Valle Nevado, a sólo 60 kilómetros de Santiago, cuyos 107 kilómetros de pistas, cubiertos por 41 medios de elevación (telesillas rápidas, andariveles de arrastre, telesillas para dos, tres y cuatro personas, andariveles infantiles y otros), le permiten competir a nivel internacional. Hay cuatro pistas para principiantes, ocho para intermedios, diez para avanzados y tres para expertos, la más larga de unos tres kilómetros de extensión.

La temporada en Valle Nevado, al que se accede por un camino pavimentado, se extiende hasta el mes de octubre, de modo que en estas semanas de temporada intermedia todavía queda mucha nieve por disfrutar. El centro dispone de un parque para snowboard y esquí fuera de pista en nieve profunda, y una escuela donde se imparte instrucción sobre esquí, snowboard, heliski y helisurf. Eso no es todo: también hay trineos tirados por huskies, y la posibilidad de iniciarse en el aladelta y las motos de nieve, un atractivo adicional que tiene cada vez más adeptos.

Por su parte, Portillo, situada a pocos kilómetros del paso internacional del Cristo Redentor, es la estación más antigua del continente. El hotel actual data de 1949, fecha desde la cual el centro fue desarrollándose hasta convertirse en una seria alternativa internacional, con modernos servicios que lo convierten en uno de los principales del Hemisferio Sur. Muchos esquiadores europeos, ya desde mediados del siglo pasado, prefieren sus pistas para entrenarse en contratemporada. Portillo está situado a 2850 metros de altura, y cuenta con 24 medios de elevación, incluyendo sillas cuádruples y dos sistemas de "va et vient". Una opción muy especial, para vivir a fondo la aventura de la nieve, es el heliski, es decir la posibilidad de lanzarse sobre la nieve desde un helicóptero: con esta modalidad es posible llegar a más de 4000 metros de altura para practicar el esquí fuera de pista (su red de pistas se encuentra a una altura máxima de 3322 metros). El promedio anual de caída de nieve es de seis metros, y hay una escuela con instructores internacionales que da clases de esquí y snowboard para todos los niveles. Más pequeño, Lagunillas es un centro situado a 67 kilómetros de Santiago, y ofrece como principal atractivo su situación geográfica, que permite combinar el esquí con excursiones por la montaña y las visitas a la cercana localidad de San José de Maipo. Algo más lejos, a 140 kilómetros de la capital, la opción es Chapa Verde, con más de 1200 hectáreas esquiables, dentro y fuera de pista, y una altura máxima de 3100 metros.

Los restantes centros de Chile están situados más al sur, como Termas de Chillán –a 405 kilómetros de Santiago– que es famoso no sólo por las pistas de esquí, sino también por las aguas termales y la belleza de sus bosques. Tiene nieve polvo hasta octubre, pero se llega por un camino cuyos últimos kilómetros son de ripio. El centro tiene cuatro telesillas, escuela de esquí, y tres piscinas climatizadas de aguas minerales al aire libre, además de los baños termales.

Siempre en la Patagonia chilena, Las Araucarias –a 663 kilómetros de Santiago y 82 de Temuco– ofrece una extensa temporada que lleva a veces hasta fin de octubre. El centro se ubica en el faldeo oeste del volcán Llaima, a partir de los 1500 metros, y hasta casi los 2000 metros. Reencuentra en el Parque Nacional Conguillío, entre los bellísimos bosques de araucarias que le valieron el nombre.

El Centro Pucón-Villarrica, a 802 kilómetros de Santiago y 125 de Temuco, está ubicado también en un Parque Nacional, el Villarrica, con base a 1400 metros de altura sobre la ladera noroeste del volcán. También aquí, en sus 20 pistas para toda clase de esquiadores, la temporada llega hasta fin de octubre. Hay que destacar que, si bien el centro no tiene servicio de alojamiento en el sitio mismo, Villarrica y Pucón tienen suficiente hotelería para los esquiadores que elijan este complejo. Este año, la novedad es el SnowPark, una zona de 22.000 metros cuadrados exclusivos para la práctica del snowboard.

Otros centros de la Patagonia chilena son el Antillanca, situado en el Parque Nacional Puyehue, en los faldeos del volcán Antillanca (aquí un atractivo nacional son los baños termales de las termas de Puyehue); el volcán Osorno, sobre los faldeos del volcán homónimo, a 14 kilómetros de Ensenada, que posee vistas espectaculares sobre toda la región; El Fraile, situado 29 kilómetros al sudeste de Coyhaique, con una superficie esquiable de 550 hectáreas; y finalmente el Cerro Mirador, cerca de Punta Arenas ✺

IGUAZU *La Aripuca y sus troncos centenarios*

No pisar el palito

En las afueras de Iguazú existe un pequeño parque temático al aire libre con una estructura llamada La Aripuca, construida con troncos de grandes árboles pertenecientes a especies en peligro de desaparecer. Esta aripuca es una réplica en tamaño gigantesco de una trampita que utilizaban los guaraníes para capturar animales sin lastimarlos, haciéndolos pisar un palito.

POR JULIAN VARSAVSKY

Uno de los paseos alternativos para los turistas que llegan a las Cataratas de Iguazú es conocer el pequeño parque temático llamado La Aripuca, nombre de una trampa que utilizaban los guaraníes para capturar animales sin lastimarlos. Allí, una estructura construida con troncos de especies de árboles en peligro de desaparecer reproduce la aripuca indígena en tamaño gigantesco. Muchos de esos troncos fueron comprados en aserraderos donde estaban a punto de convertirse en tablones. Otros se recuperaron de chacras donde habían sido tumbados por tormentas o porque ya habían cumplido su ciclo vital.

La idea principal que expresan los creadores de este proyecto –una familia misionera de ascendencia europea– es mostrarles a las futuras generaciones los restos de lo que fue alguna vez la selva misionera. Al paso que avanza el desmonte, La Aripuca puede llegar a convertirse en un museo natural de especies extintas (o casi) de una selva enorme que alguna vez se extendió desde el sur del estado de San Pablo en Brasil, siguiendo el curso del río Paraná, hasta el sur de Misiones.


A pocos minutos de la ciudad de Iguazú, la descomunal réplica de la trampa guaraní.


La simpática carita de un pibe misionero emerge de un cesto artesanal.

EL PASEO La Aripuca es un predio abierto de varias hectáreas al que se ingresa por un tronco muerto –de pie y clavado en el suelo–, de una gran cañafístula o ibirá-pitá que vivió más de mil años. El interior de ese gran tronco quedó totalmente hueco por la acción de las termitas, cuyo nido ya vacío se puede ver en una pared de la caña-fístula. Después de pasar una puerta de madera con dos hojas de 300 kilos cada una, que le dan al lugar un aspecto de morada prehistórica, se entra a una sala de madera por un pequeño túnel, todo construido con la abundante madera del mismo árbol. En la sala de interpretación hay unos muebles muy extraños hechos con raíces de cedro pulidas.

Al salir al aire libre el guía ofrece a los visitantes agua caliente para el termo de mate y yerba de Andresito para sintonizar mejor con la cultura misionera. Y de inmediato se ve una aripuca de tamaño natural que mide 30 por 30 centímetros, idéntica a la que utilizaban los indios. Esta trampita de madera con forma de pirámide se hacía con unos fragmentos de palo atados en sus extremos. Para cazar, se la colocaba en el suelo con un palito que la sostenía elevada por un solo lado. Adentro se ponía comida y cuando el animal pisaba el palito para entrar a la aripuca, la trampa se cerraba, atrapando a la presa sin matarla. Si el animal tenía alguna utilidad se lo sacrificaba, y si no era liberado sin hacerle ningún daño. Así caían especies que eran parte de la dieta del indio guaraní, como ser palomas, ardillas, gallinas de monte y conejos.

Al avanzar unos metros aparece tras la vegetación la gigantesca réplica de la aripuca construida con troncos de 30 especies de árboles. Los nombres guaraníes de estos colosos tienen su propia poesía: guatambú, petiribí, guayubira, timbó, tarumá y tacuarazú. Además están la grapia, el palo rosa, el alecrín y muchos otros. Los nombres de cada árbol están tallados en la corteza, y el visitante puede subir hasta lo alto de La Aripuca por unas escaleritas. El techo de la estructura se hizo con 16.000 tablillas de madera de timbó.

ARTESANIAS GUARANIES

Desde los inicios del proyecto de La Aripuca se contempló destinar un espacio para los integrantes de una aldea guaraní cercana al lugar, quienes ofrecen sus artesanías en una choza indígena construida con las mismas técnicas ancestrales. Entre las artesanías en venta hay cerbatanas, arcos y flechas que, junto con la aripuca, eran las armas de caza diarias, que ya casi carecen de utilidad por la irreversible disminución de las especies que produjo la llegada del hombre blanco. También hay yaguaretés y tucanes tallados en madera.

El otro acercamiento a la esencia misionera que ofrece La Aripuca es un pequeño bar circular construido con dos troncos de caña-fístula abiertos por la mitad, donde se vende yerba soluble para hacer mate cocido. Además hay helado de yerba mate y de pétalos de flor de rocelia. Y para apaciguar el calor se ofrece toda clase de jugos y licuados de frutas tropicales como mango, papaya (llamada mamón en estas tierras), ananá y banana. Entre los dulces está la rapadura, que es una especie de turrón misionero preparado con la melaza compactada de la caña de azúcar, maní y azúcar. Por último se puede probar la mandioca frita.

A un costado del bar hay una típica casa misionera de madera, donde se venden toda clase de artesanías, y otra casa levantada con piedras de la zona que ofrece piedras preciosas de las minas de Wanda. Muchos visitantes se sientan a descansar en los sillones de raíz de cedro para disfrutar de un arpista que interpreta clásicos del folklore paraguayo. Otras personas se interesan, en cambio, por la propuesta ecológica de apadrinar un árbol que luego será plantado en la selva y cuidado por 30 años.

Según afirma uno de los integrantes de la familia Waidelichu –creadora del parque temático–, la elección del modelo de La Aripuca obedece a un simbolismo muy concreto: "La idea es que el ser humano se cuide de no pisar más el palito y comience a compartir más la vida con el medio ambiente, ya que somos uno más dentro de la naturaleza, y no estamos por encima de otras especies de animales y vegetales. Somos apenas un eslabón más de la cadena y nos empeñamos en pisar el palito una y otra vez –destruyendo la selva–, y seguimos cayendo siempre en nuestra propia trampa de autodestrucción"

La ciudad imaginada

Más que un lugar real, París ha sido para Italo Calvino una ciudad imaginada a través de la literatura. Y ya se ha escrito tanto sobre ella que es difícil decir nada que ya no se haya dicho. Sin embargo, el autor de *Las ciudades invisibles* la redescubre en este texto incluido en una antología de relatos de célebres escritores sobre París.

POR ITALO CALVINO *

Desde hace unos años tengo una casa en París y allí paso parte del año pero, hasta el momento, esta ciudad no aparece en las cosas que escribo. Quizá para poder escribir sobre París debería alejarme de ella, si hemos de dar crédito a la teoría de que siempre se escribe partiendo de una carencia, de una ausencia. O bien adentrarme más en ella, pero para eso debería haber vivido allí desde mi juventud, si es cierto que son los escenarios de los primeros años de nuestra vida los que moldean nuestra imaginación y no los lugares de la madurez. Diré más: es necesario que un lugar logre convertirse en un paisaje interior para que la imaginación empiece a habitar ese lugar, a hacer de él su teatro. Ahora bien, París ya ha sido el paisaje interior de gran parte de la literatura mundial y de muchos libros que todos conocemos y que tanto han influido en nuestras vidas. Antes que una ciudad del mundo real, París, para mí como para millones de otras personas de todos los países, ha sido una ciudad imaginada a través de los libros, una ciudad a la que uno se aproxima leyendo. Se empieza de muchacho, con *Los tres mosqueteros*, luego con *Los miserables*, en la misma época o inmediatamente después, París se transforma en la ciudad de la Historia, de la Revolución Francesa; más tarde, al avanzar en las lecturas juveniles se convierte en la ciudad de Baudelaire, de la gran poesía de cien años a esta parte, la ciudad de la pintura, la ciudad de los grandes ciclos novelísticos: Balzac, Zola, Proust...

Alguna vez me salió espontáneamente ambientar relatos imaginarios en Nueva York, ciudad en la que he vivido sólo unos pocos meses. Quién sabe, tal vez sea porque Nueva York es la ciudad más simple, al menos para mí, más sintética, una especie de prototipo de ciudad: como topografía, como imagen, como sociedad; mientras que París, por el contrario, resulta densa, posee muchas cosas detrás, muchos significados. Tal vez me suscite algo de apuro: me refiero a la imagen de París, no a la ciudad en sí, que, al contrario, es la ciudad donde basta poner el pie en ella para sentirla inmediatamente como algo familiar.

Pensándolo bien, nunca se me ha ocurrido ambientar en Roma ninguno de mis relatos y eso que en Roma he vivido más que en Nueva York y posiblemente más que en París. Otra ciudad de la que soy incapaz de hablar, Roma: otra ciudad sobre la que se ha escrito demasiado. Pero nada de lo que se ha escrito sobre Roma podría compararse con lo que se ha escrito sobre París; su único aspecto en común es éste: tanto Roma como París son ciudades de las que es difícil decir algo que ya no se haya dicho: y hasta en sus aspectos novedosos, cada cambio que se produce en ellas encuentra un coro de opinión listo para tomar nota.

Pero acaso yo no esté dotado para establecer relaciones personales con los lugares: me quedo siempre como suspendido, estoy en las ciudades sólo con un pie. Mi escritorio es un poco como una isla; podría estar aquí como en cualquier otra parte. Y, además, las ciudades se están transformando en una única ciudad, en una ciudad ininterrumpida donde se borran las diferencias que en otros tiempos las caracterizaban. Esta idea, que recorre la totalidad de mi libro *Las ciudades invisibles*, surge del modo de vivir que ya es patrimonio de muchos de nosotros: un continuo deambular de un aeropuerto a otro para hacer una vida casi igual en cualquier ciudad donde uno se encuentre. Suelo decir, y ya lo he repetido tantas veces que casi me aburre decirlo, que en París tengo mi casa de campo, en el sentido de que, al ser escritor, una parte de mi trabajo puedo hacerla en soledad, no importa dónde, en una casa en medio del campo o en una isla, y esta casa de campo yo la tengo en pleno centro de París. Y así, mientras la vida social vinculada a mi trabajo se desarrolla en Italia, aquí vengo cuando puedo o debo estar solo, cosa que en París me resulta más sencillo.

Italia, o al menos Turín y Milán, están a una hora de aquí: vivo en un barrio desde el que se llega con facilidad a la autopista y, por tanto, al aeropuerto de Orly. Puede decirse que en las horas en que las calles de la ciudad se vuelven intransitables por el tráfico, llego antes a Italia que, por ejemplo, a los Campos Eliseos. Casi podría trabajar como un “pendular”; ya está próxima la época en que Europa será una única ciudad.

Al mismo tiempo se aproxima la época en que ninguna ciudad podrá ser usada como una ciudad: en los pequeños desplazamientos se pierde más tiempo que en los viajes. Puede decirse que cuando estoy en París no me muevo nunca de este estudio. Por una antigua costumbre, todas las mañanas voy hasta St. Germain-des-Prés a comprar los periódicos italianos: voy y vengo en metro. Así pues, no es que yo sea muy *flâneur*, el paseante de las calles de París, ese personaje consagrado por Baudelaire. Lo que ocurre es que tanto los viajes internacionales como los recorridos urbanos ya no son una explotación a través de una sucesión de lugares distintos: sencillamente son desplazamientos de un punto a otro, entre los cuales hay un intervalo vacío, una discontinuidad, un paréntesis sobre las nubes en los viajes aéreos y un paréntesis bajo la tierra en los recorridos urbanos.



Musée d’Orsay. Para Calvino, París engendró ese particular modo de considerar la civilización que es el museo.

UN GIGANTESCO INVENTARIO Entonces podría decir que París –veamos qué es París– es una vasta obra de consulta, una ciudad que se consulta como una enciclopedia; se abre una página y te brinda toda una serie de informaciones de una riqueza como ninguna otra ciudad. Tomemos las tiendas, que constituyen el discurso más abierto, más comunicativo que una ciudad puede expresar. Todos nosotros leemos una ciudad, una calle, un tramo de acera siguiendo la fila de las tiendas. Hay tiendas que son capítulos de un tratado, tiendas que son entradas de una enciclopedia o páginas de periódico. En París hay tiendas de quesos donde se exponen cientos, todos distintos, cada uno etiquetado con su nombre: quesos envueltos en ceniza, quesos con nueces: una especie de museo, de Louvre de los quesos. Son matices de una civilización que ha permitido la supervivencia de formas diferenciadas a escala lo suficientemente amplia como para hacer que su producción sea rentable, aun manteniendo siempre su razón de ser al presuponer una posibilidad de elección, un sistema al que están integrados, un lenguaje de los quesos. Pero sobre todo es también el triunfo del espíritu de la clasificación, de la nomenclatura. Así que si mañana me pongo a escribir de quesos, puedo salir a consultar París como una gran enciclopedia de los quesos.

Hay una clase de tienda donde se siente que ésta es la ciudad que engendró ese particular modo de considerar la civilización que es el museo. Y el museo, a su vez, ha legado su forma a las más variadas actividades de la vida cotidiana, de modo que no hay solución de continuidad entre las salas del Louvre y los escaparates de las tiendas. Digamos que en la calle todo está listo para pasar al museo o que el museo está listo para englobar a la calle. No es casualidad que el museo que más me gusta sea el dedicado a la vida y a la historia de París: el Musée Carnavalet.

Esta idea de la ciudad como discurso enciclopédico, como memoria colectiva, cuenta con una tradición. Pensemos en las catedrales góticas en las que todo detalle arquitectónico u ornamental, todo lugar y elemento reflejaba un saber global y era un señal que hallaba su correspondencia en otros contextos. Del mismo modo, podemos “leer” la ciudad como una obra de consulta, como “leemos” Notre Dame (a pesar de la restauración de Viollet–le-Duc), capitel a capitel, gárgola a gárgola. Y al mismo tiempo podemos leer la ciudad como inconsciente colectivo: el inconsciente colectivo es un gran catálogo, un gran bestiario. Podemos interpretar París como un libro de sueños, un álbum de nuestro inconsciente, un catálogo teratológico. Así, en mis itinerarios de padre, de acompañante de mi hijita, París se abre a mis consultas con los bestiarios del Jardín des Plantes, los terrarios donde se ufanan iguanas y camaleones, una fauna de eras prehistóricas y, al mismo tiempo, la gruta de los dragones que nuestra civilización arrastra tras sí.

También el cine en París es museo o enciclopedia de consulta, no sólo por la cantidad de films de la Cinématheque sino por toda la red de estudios del Barrio Latino: esas salas pequeñas y malolientes donde se puede ver la última película del nuevo director brasileño o polaco, así como las viejas cintas del cine mudo o de la Segunda Guerra Mundial. Con un poco de atención y un poco de suerte, todo espectador puede reconstruir la historia del cine pieza a pieza. Yo, por ejemplo, tengo debilidad por las películas de los años ‘30: son los años en que, para mí, el cine era todo el mundo y en ese aspecto puedo darme grandes satisfacciones, digamos en el sentido de búsqueda del tiempo perdido: volver a ver películas de mi infancia o recobrar películas que en mi niñez había perdido y que creía olvidadas para siempre, mientras en París siempre puedes esperar encontrar lo que creías perdido, el propio pasado o el de los demás. He aquí, pues, otro modo más de apreciar esta ciudad: como un gigantesco inventario de objetos perdidos, un poco como la Luna en el *Orlando furioso*, donde se recoge todo lo que se había perdido en el mundo ✺

* *Autor de* Relatos de París. *Prólogo, selección y posfacio de Christian Kupchik. Colección Geografías Literarias. Ed. Cántaro. Lectores en Viaje. Buenos Aires, 2005.*